



TOPICOS DEL HUMANISMO

Mayo de 1998

Nº 34



LA NOVELA DEL 40

Alvaro Quesada Soto

Esta exposición plantea un acercamiento a la novela costarricense de la década de 1940 que indague las transformaciones en los modelos de conciencia y realidad, o las relaciones entre los sujetos, los discursos y las instancias del poder, en los textos de esa década.

1. PREAMBULO

Partiremos de algunas referencias a un autor que ocupa una posición preliminar con respecto al grupo de autores que la crítica ha reconocido tradicionalmente como «generación de 1940»: José Marín Cañas¹. Un cambio sustantivo en el manejo del discurso literario y en la manera de simbolizar las relaciones entre subjetividad y orden social, se advierte con el advenimiento de una nueva promoción literaria en la década de 1930, en las novelas de Max Jiménez y José Marín Cañas. Estos autores, que inician su producción en los albores de la crisis de 1930 y de los primeros tímidos intentos por incorporar a la literatura costarricense los experimentos de vanguardia, expresan en sus textos la sensación de vivir una época de trastruque y desbarajuste, de desaparición o caducidad de las formas de vida, las relaciones, creencias y valores tradicionales, lo que se manifiesta en un rompimiento abrupto entre los discursos que organizan la existencia subjetiva y los que organizan el orden objetivo. Este último adquiere para el sujeto los contornos de un mundo absurdo y enajenante, caótico, dislocado o grotesco.

Las novelas de madurez de Marín Cañas (*El infierno verde*, 1935; *Pedro Arnáez*, 1942) introdujeron en la novela costarricense nuevos modelos de subjetividad y de relación entre la conciencia y el mundo: una conciencia en crisis o en proceso de formación que se va destruyendo y reconstruyendo, al mismo tiempo que ve quebrarse y ampliarse los contornos del mundo conocido. Este modelo se aparta de la novela de prueba de la llamada «generación del Olimpo» (Gagini, Cardona), para acercarse a la novela de iniciación o de formación de personaje. Son novelas que se estructuran alrededor de un viaje desde un mundo relativamente cerrado, ordenado y seguro, con límites y normas tradicionales, estables y conocidas, hacia un mundo caótico, desconcertante e incierto, en la periferia de los centros urbanos «civilizados» de la vida nacional. El viaje y el proceso de iniciación tienen doble faz, exterior e interior: el contacto con una realidad exterior periférica, inédita o desconocida -que remite a la experiencia de la barbarie, la guerra o la muerte- lleva a los protagonistas a una toma de conciencia que los obliga a poner en duda sus certezas y a replantear sus relaciones consigo mismos y con el mundo que los rodea. El tema del viaje iniciativo a regiones periféricas del territorio nacional o de la experiencia síquica, donde se ponen a prueba los estereotipos tradicionales sobre la identidad o la realidad (subjetivas u objetivas) va a predominar, como se verá más adelante, en toda la novela del 40. También en muchas de ellas -especialmente en las de Joaquín Gutiérrez, Yolanda Oreamuno y en algunas de Fabián Dobles- el tema del viaje o de la ruta toma la estructura de una novela de formación o de aprendizaje, donde la experiencia de una realidad exterior desconocida o ajena desencadena al mismo tiempo un proceso de transformación interior que marca el tránsito de la inocencia a la madurez o de una existencia inauténtica a una existencia auténtica. En *La ruta de su evasión*, como en las novelas de Marín Cañas, en ese proceso de transformación juega un papel determinante la presencia de -y el enfrentamiento con- la muerte.

2. REFORMA Y REVOLUCION

En la novela de los años 30 dominaba la imagen de una separación radical entre subjetividad y orden social, casi sin posibilidades de interacción productiva; en la novela de la década de 1940, junto a la visión crítica de la sociedad y a la imagen de una integración problemática del sujeto en un orden social represivo y enajenante, se delineaba también la búsqueda de un nuevo orden, formas inéditas de reintegración del sujeto o de reordenamiento del mundo. Se puede decir que si Jiménez y Marín entrevistaron en sus textos la premonición del caos, la quiebra del modelo liberal de identidad y la disgregación de la unidad que había tratado de imaginar y representar la generación del Olimpo, la de 1940 inicia la búsqueda de otros modelos e imagina otras formas, más complejas y problemáticas -ya no será posible ignorar la experiencia de la ruptura- de reconstituir una nueva unidad, mediante discursos que apuntan a la subversión o la revolución del viejo orden y la búsqueda de nuevas formas de convivencia y relación social. En esas búsquedas la novela de la década de 1940 traslada el énfasis, en la construcción de los personajes, de la conciencia individual y los valores morales abstractos, a las relaciones de poder, las estructuras sociales, las transformaciones históricas o las configuraciones ideológicas, como condicionantes de la conciencia y del comportamiento humano.

Pero no solo los discursos literarios forman parte del complejo entramado ideológico y discursivo que entretiene los textos de la novela del 40. Si bien estos textos pueden estudiarse como el producto de un diálogo fecundo con los discursos literarios anteriores y contemporáneos, también pueden leerse como el producto de un rico diálogo con otros discursos extraliterarios que forman parte del contexto social y cultural de la época y que se incorporan de muy diversas formas en estos textos. Con la crisis del discurso liberal surgió en las décadas de 1930 y 1940 una proliferación de grupos sociales emergentes que aportan nuevas voces, palabras y entonaciones al gran texto de la cultura nacional. Las protestas de los intelectuales contra las compañías extranjeras, la fundación del Partido Comunista en 1931, los enfrentamientos de los pequeños productores cafetaleros con la oligarquía beneficiadora, las luchas de los trabajadores bananeros contra el dominio de la United Fruit Co., la gran huelga bananera de 1934, el paulatino agotamiento de la «frontera agrícola», el nuevo auge de las luchas feministas por los derechos de la mujer, generaron rompimientos y reacomodos en los discursos sobre la identidad y la realidad nacionales, así como una serie de conflictos que llevarían en la década de 1940 a las reformas sociales que se inician durante el gobierno de Calderón Guardia, a los enfrentamientos que desembocaron en la Guerra Civil de 1948, al nuevo papel social y político que desempeña la mujer al adquirir el derecho al voto en 1949. También debe tenerse en cuenta el tenso entramado ideológico de la época en el plano internacional tras la Guerra Civil española y la II Guerra Mundial: liberalismo, fascismo o comunismo, individualismo o colectivismo, capitalismo o socialismo, democracia o dictadura, eran nociones que se oponían, yuxtaponían o entrelazaban en los diversos discursos ideológicos de esos años, formando inesperados o turbios diseños: según variara el punto de vista ideológico el liberalismo podía verse como símbolo de libertad y democracia o símbolo de desigualdad

social y explotación; el comunismo podía verse como símbolo de lucha contra la desigualdad y la explotación o símbolo de dictadura y totalitarismo; el fascismo -con sus diversas vertientes nazista o franquista- podía verse como símbolo de dictadura totalitaria y barbarie fanatizada o símbolo de defensa de la civilización occidental contra la anarquía y el comunismo ateo.

Gran parte de los textos literarios de la década buscaron apoyo en las nuevas revaloraciones críticas, revolucionarias o reformistas, de la realidad nacional formuladas en el discurso político, histórico y sociológico de los años 30 y 40 por comunistas y socialdemócratas, en polémica con el discurso y el Estado liberales. El comunismo costarricense, que jugó un papel fundamental en la organización de los movimientos sociales y populares de esta época y al que, en mayor o menor grado, se acercaron todos los jóvenes novelistas de la década, nunca elaboró una versión sistemática de la historia nacional; se limitó, en el plano teórico, a aplicar a los problemas nacionales la crítica marxista del capitalismo, la propiedad privada y el trabajo alienado, con su fe mesiánica en la organización popular como primer paso para la emancipación revolucionaria de los explotados. El reformismo socialdemócrata, en cambio, ofreció una sugerente reelaboración de la historiografía liberal que no solo subyace en toda la novela agraria de 1940, sino que pasaría a ser después de 1948 y hasta la crisis de 1980 la nueva versión al uso de la historia costarricense².

Los intelectuales del Olimpo se habían encargado de construir hacia finales del siglo pasado, no solamente una imagen literaria de la realidad nacional (en los textos de Magón y Aquileo, Gagini, Cardona o Fernández Guardia) sino también una versión de la historia costarricense acorde con su proyecto económico, político e ideológico. Los héroes de esta historia eran la oligarquía cafetalera y la ideología liberal, abanderados de un proceso que conducía de la pobreza, el atraso, el despotismo y la ignorancia de la Colonia, al progreso, la civilización y el desarrollo de la República.

Los héroes de la nueva versión, elaborada sobre todo en los escritos de Carlos Monge y Rodrigo Facio, son los pequeños propietarios campesinos, cuya existencia garantiza a lo largo de la historia nacional un sedimento de igualdad y democracia; el antihéroe pasa a ser la oligarquía cafetalera y la ideología liberal. La fe de los liberales en el mercado como regulador exclusivo de las relaciones sociales conduce, en esta versión, a un proceso de concentración del poder en manos de la elite oligárquica, a un proceso de desposesión, exclusión y marginación de las mayorías populares, y a la entrega del país al capital extranjero (hecho este último ejemplificado en el dominio de la United Fruit Co. sobre el Estado para controlar el ferrocarril Atlántico y toda la región del Caribe bananero). El papel central que ocupa en las novelas de la década de 1940 el pequeño propietario campesino o el trabajador bananero, representantes de los intereses o la identidad nacionales, enfrentados al Estado liberal, aliado al latifundio y a la todopoderosa *Mamita Yunai*, como representantes de un poder que construye un orden social enajenado y enajenante, debe tanto a la interpretación de la historia de Monge y Facio como al discurso revolucionario marxista.

La crítica³ había notado en estos textos cierta tensión entre la idealización de la pequeña propiedad y la presencia de elementos de la novela biográfica, que remiten a una ideología individualista, por un lado, y la crítica a la propiedad privada y a los valores de cambio individualistas que remiten a una ideología colectivista o comunista, por otro lado. La oposición marxista entre teoría y práctica se aplica en estas novelas a la representación del Estado liberal y aparece como oposición entre un sistema político y legal que predica la libertad, la propiedad y la democracia y un sistema económico, político y jurídico que practica la enajenación, la desposesión, la represión o el fraude electoral. También se aplica frecuentemente en estas novelas, en la construcción de los personajes y los conflictos de clase, la oposición marxista entre valores de uso y valores de cambio. Los grupos populares aparecen como representantes de un trabajo orientado a la sobrevivencia o la satisfacción de las necesidades humanas: comunidades de sujetos unidos por la ayuda mutua, la colaboración y la solidaridad; opuestos al poder de las relaciones mercantiles y los valores de cambio, que organizan el Estado liberal, el mercado y la gran propiedad; un sistema enajenado de individuos autárquicos o de relaciones humanas donde el valor de los hombres, las ideas y los actos, se mide según la cantidad de dinero que producen o el provecho individual que generan: un sistema donde la afirmación de uno se basa en la negación o la destrucción de los otros.

Algunos de los aspectos relevantes de la estructura de las novelas de 1930 pasarán a ser -según se señaló ya- elementos fundamentales en la estructuración de las novelas de 1940. El motivo del viaje, presente ya en las novelas de Marín Cañas, domina en todas las novelas de esta última década, y funciona como un vehículo adecuado para introducir una ampliación de la imagen restringida del Valle Central como representación metonímica de toda la realidad nacional, que había manejado la novela de principios de siglo; la novela del 40 se abre a nuevas regiones geográficas (las costas del Pacífico y del Caribe, Talamanca, Guanacaste) y a la incorporación de grupos sociales marginados o excluidos en papeles protagónicos (campesinos, clase media, trabajadores urbanos y bananeros, mujeres, negros, indios). El motivo del viaje, la transgresión de fronteras, el contacto con regiones periféricas y censuradas de la imagen oficial de la nación, se asocian asimismo en algunas novelas con la exploración de regiones de la vida síquica también reprimidas o censuradas por los modelos de conciencia de la novela precedente. Estos últimos aspectos llevan asimismo a la búsqueda de rupturas o innovaciones con respecto al discurso literario anterior, que permitan la introducción y la adecuada representación de esos nuevos ámbitos geográficos, históricos, sociales, ideológicos o síquicos. La búsqueda se orienta básicamente en dos direcciones⁴: una más «social» o «realista», que recoge con intenciones más radicales, subversivas o revolucionarias, la crítica que había iniciado la promoción de García Monge y Carmen Lyra al orden oligárquico; otra más «psicológica» o «vanguardista» que recoge el esfuerzo de la promoción de Marín Cañas y Jiménez por subvertir también el orden de los discursos.

3. SUBVERSION TEMATICA

La primera orientación predomina en la novela «social» o agraria de Adolfo Herrera García⁵, Carlos Luis Fallas⁶, Fabián Dobles⁷; una novela que tiene como héroes a campesinos desposeídos de su tierra y su trabajo por latifundistas o especuladores; a trabajadores bananeros y minorías étnicas, que deambulan, como exiliados en su propia patria, por segmentos del territorio nacional bajo el dominio transnacional de la omnipotente *Mamita Yunai*.

Esta primera orientación recoge y reformula la intención realista y formativa de las primeras promociones literarias costarricenses, pero desde una posición ideológica radicalmente opuesta. El campesino pintoresco y folclórico, inmerso en el tiempo cíclico y la organicidad ritual del cuadro costumbrista, se inserta ahora definitivamente en el tiempo lineal de la novela, marcado por las luchas de clases, los conflictos sociales y las transformaciones históricas. Los personajes populares que ocupaban papeles de reparto en las novelas del Olimpo pasan a ocupar los papeles protagónicos. En los textos del Olimpo los representantes de la identidad nacional eran siempre los jóvenes intelectuales o los viejos patriarcas que defienden el sistema de tradiciones y costumbres oligárquico-nacionales contra las ideas o prácticas «exóticas». En la novela social o agraria del 40 son las formas de vida populares o campesinas las que se conciben como expresión auténtica de la identidad nacional; pero esas formas de vida están en una posición de marginación y exclusión, ven amenazadas sus posibilidades de reproducción y existencia, enfrentadas a las costumbres dominantes que garantizan la permanencia del poder oligárquico. El sistema de tradiciones y costumbres que, desde el punto de vista del poder, garantiza la conservación de la identidad, la ley y el orden, o el progreso y el desarrollo, es, desde el punto de vista de la vida popular, un sistema enajenante y represivo que condena a la marginación, la exclusión o la destrucción.

Si en la novela del Olimpo la amenaza a la identidad nacional viene de fuera del núcleo dominante, del extranjero o de los grupos marginados, en la novela del 40 se encuentra entronizada en las estructuras del poder y en la simbiosis entre el poder imperial metropolitano y el poder oligárquico (la multiforme *Mamita Yunai*). El poder oligárquico deja de estar asociado a la noción de progreso para pasar a ser el símbolo de la enajenación; la idea de progreso aparecerá ligada en estas novelas con la posibilidad de destrucción revolucionaria del orden establecido, en un proceso dialéctico que debe llevar de la experiencia individual de la desposesión y la enajenación, a la conciencia de clase, a la lucha colectiva por la emancipación de los explotados y a un régimen de propiedad socialista. Estas últimas etapas aparecen, sin embargo, apenas sugeridas o expresadas de manera conceptual y ensayística en los textos, que se centran más en la denuncia de las relaciones de poder existentes y menos en el delineamiento del futuro utópico previsto.

En todos estos textos priva una concepción de la literatura como literatura comprometida con las luchas revolucionarias por transformar la realidad social y política. El escritor se concibe también como revolucionario o coadyuvante en un proceso de concienciación y transformación de la realidad social, que sus textos deben contribuir a aclarar, acelerar y estimular. Su posición con respecto a la literatura se acerca a la estética del llamado «realismo socialista» o -según varíe la terminología de los críticos- del «socialrealismo» (Bogantes) o del «neorrealismo» (Rojas y Ovares). Como toda literatura realista estos textos asumen la función de ofrecer el reflejo de una realidad objetiva, aunque el propósito del reflejo y la imagen de la realidad que se elabora en estos textos, cumplen funciones muy distintas -en muchos aspectos diametralmente opuestas- a las que debía cumplir el realismo costumbrista de principios de siglo. Se procura en estos textos un reflejo dialéctico y crítico que no busca la reproducción del mundo como aparece o como se asume en las representaciones ideológicas oficiales; sino la elaboración de una imagen, producto de una indagación crítica, que represente una realidad en proceso de cambio y transformación, una realidad marcada por las luchas y los conflictos históricos y sociales, por los enfrentamientos entre sujetos que se definen según su posición en el entramado de los grupos sociales en lucha por o contra el poder.

Esta novela de orientación «social» busca la ruptura con los límites del discurso literario tradicional, mediante la incorporación de otros discursos sociales o géneros extraliterarios: documentos, testimonios, informes, la crónica o el reportaje periodístico, el discurso histórico o sociológico, elementos del relato oral. Esos discursos se insertan o integran en el texto literario en un afán por ampliar o subvertir la imagen de la realidad oficial; el papel tradicional de la literatura costumbrista como reproductora de esa imagen; o el papel de la literatura como actividad ubicada en las regiones de lo «poético» y lo «bello», separada de la realidad vulgar y corriente, para ponerla en contacto con los discursos que organizan la vida popular o cotidiana y las luchas ideológicas, sociales y políticas del momento.

Juan Varela (1939) inserta en el texto literario textos pertenecientes a otros géneros (documentos jurídicos como el título de propiedad y la hipoteca de un terreno) al mismo tiempo que el discurso literario se continúa de elementos del discurso mercantil, financiero y jurídico (precios, especulaciones, notificaciones, pagarés, la ilegalidad y la criminalidad). La novela puede leerse en gran medida como un reportaje periodístico o un testimonio, a lo que contribuyen las constantes referencias (en la dedicatoria o el final del texto y en notas del autor a pie de página) que tienden a difuminar los límites entre la ficción literaria y la «realidad» documental, a procurar que el lector identifique al narrador de la novela con el periodista Herrera García, y al personaje construido en el texto con una persona de la vida «real». El texto de *Mamita Yunai* (1941), como es bien sabido, tuvo su génesis en un informe que, como fiscal del Bloque de Obreros y Campesinos, presentó Fallas a su partido. La novela también puede leerse -y en gran medida así se ha hecho- como un testimonio autobiográfico del escritor, donde reproduce las experiencias que marcan el tránsito de trabajador bananero a dirigente revolucionario. El hecho de que el autor haya agregado en las últimas ediciones de la novela («a manera de cuarta parte») un discurso político pronunciado con ocasión de una huelga bananera, tiende a difuminar también los límites entre ficción literaria y «realidad», o entre empresa literaria y compromiso revolucionario.

Ese que llaman pueblo (1942) o El sitio de las abras (1950) deben mucho al discurso sociológico de la época, no solo en la escogencia de una temática centrada en los problemas de la desposesión y proletarianización del campesino, sino también en su búsqueda de estructuras literarias más complejas que rompieran los marcos de la novela biográfica centrada en un héroe individual. Dobles introduce en la primera de las novelas mencionadas un héroe colectivo, mediante la yuxtaposición de múltiples historias individuales entrelazadas, que ofrecen un amplio fresco de la vida de ese que llaman pueblo; más tarde se expande, en *El sitio de las abras*, a las amplias perspectivas de una novela épica y a las transformaciones históricas de larga duración, mediante el tratamiento del tema de la desposesión campesina en varias generaciones de una misma familia. En la naciente conciencia de clase del

Continúa

Continuación

último representante de la familia, se concentra la experiencia acumulada por las vivencias individuales de sus miembros en el pasado, y se integra en la búsqueda de un nuevo lugar donde puedan conjugarse el pasado, el presente y el futuro, lo individual y lo social, la tradición y la revolución.

Pero desde otro punto de vista, la novela «social» es una novela que elabora su denuncia dentro de los cánones de un realismo convencional; procura romper la imagen estereotipada de la realidad nacional, pero sin romper con las convenciones del lenguaje narrativo tradicional, ni experimentar, como lo había hecho la promoción anterior, con nuevos procedimientos narrativos. En este sentido, la investigación más reciente ha percibido una cierta contradicción en estos textos entre, por una parte, la crítica a las relaciones de poder que construyen un mundo autoritario, represivo, alienante y, por otra parte, la utilización de procedimientos retóricos y narrativos que reproducen, en el plano ideológico, una posición igualmente autoritaria o monológica. El narrador de estas novelas funciona como un narrador omnisciente tradicional, como fuente general y única de la verdad y el sentido del texto, único sujeto con voz y palabra autorizada, que convierte a los personajes en objetos de observación, valorados, definidos y acabados desde fuera, desde su posición privilegiada y objetiva. La voz del personaje aparece siempre subsumida y comprendida dentro de la voz y el punto de vista de un narrador que habla sobre y por los personajes; no restringe su voz omnisciente y omnipotente para que emerja como otro punto de vista independiente o equivalente a la voz del personaje. De la misma manera el lector se concibe como objeto de persuasión por parte del autor, receptor pasivo de una verdad y un significado previamente elaborados y depositados en el texto por el autor.

4. LA SUBVERSION DE LA ESCRITURA

Paralelamente a esa primera orientación «social» o agraria anteriormente reseñada, se delinea en los últimos años de la década de 1940 una segunda orientación en la novela más «psicológica» o «subjetiva» de Joaquín Gutiérrez⁸ y Yolanda Oreamuno⁹. Esta novela se orienta hacia una posición crítica que abarca no solo los significados y los contenidos, no solo la imagen objetiva de la realidad y de la vida social, sino también en gran medida la escritura misma, los procedimientos de narración y significación o los mecanismos que determinan las imágenes que los sujetos se forman de sí mismos y de la realidad. Es una escritura novelística que, sin abandonar los presupuestos realistas, en gran medida subvierte los límites y convenciones tradicionales del realismo, mediante la experimentación y la incorporación de nuevas técnicas y procedimientos discursivos provenientes de las literaturas de vanguardia, el psicoanálisis, el montaje cinematográfico, el monólogo interior o el flujo de la conciencia. Lo que diseña la subjetividad y el comportamiento de los personajes en estos textos no es solo su posición en las estructuras económicas y políticas, su posición social o su conciencia de clase, sino también su ubicación -a un nivel menos perceptible y en gran medida inconsciente- en los papeles familiares y sexuales; su posición en las configuraciones ideológicas y simbólicas donde se establecen los precarios límites entre uno y lo otro, lo real y lo imaginario, lo que se debe decir, pensar o desear y lo que no se puede decir, ni pensar, ni desear.

Es una novela que procura romper también con la visión objetiva y acabada del narrador omnisciente tradicional. La voz del narrador tradicional que guía al lector, describe, comenta, resume, orienta y valora no desaparece en estos textos, pero pierde su presencia o autoridad únicas y queda relativizada. Las novelas de Gutiérrez y Oreamuno son textos en gran medida polifónicos, contruidos mediante el contraste o la mezcla de puntos de vista, planos espacio-temporales, voces, discursos y tonalidades, que se oponen, confunden e interceptan, múltiples y heterogéneos. Son textos que exigen, al mismo tiempo, otro tipo de lector y de lectura: un lector que participe más activamente en un proceso de lectura donde las verdades o los significados no están ya predefinidos, claros y distintos, sino que deben construirse descifrando indicios, voces y signos vagos, ambiguos, desordenados o inciertos.

Los personajes de Joaquín Gutiérrez (Manglar, 1947; Puerto Limón, 1950) son seres inacabados, en proceso de formación y aprendizaje, que inician un viaje con doble orientación: hacia el exterior y hacia el interior. Son jóvenes de clase media situados -en lo social y en lo psicológico- en una posición inestable o ambigua con respecto a las instancias que ordenan la identidad subjetiva y el orden social. Son personajes en tránsito espacial, por una parte, desde el mundo familiar de contornos conocidos, protegido y cerrado, del Valle Central, a regiones geográficas periféricas o convulsas del territorio nacional, enfrentados a un mundo desconocido y abierto donde pierden sentido los valores y las normas aprendidos y se inicia un agónico proceso de aprendizaje, gestación y destrucción. Son personajes en transición temporal, por otra parte, de la adolescencia a la juventud, entre diversas y contradictorias presiones sociales, compulsiones morales y pulsiones sexuales. Es un relato donde el aprendizaje sexual corre parejo con el aprendizaje social o político, y ambos procesos se llevan a cabo en la periferia de la conciencia de los personajes, en el punto donde se trastocan los límites entre impulsos internos y compulsiones externas, donde se gesta el sutil juego de identificación y rechazo con las instancias del poder y la autoridad, con la moral y el orden social, transmitidos por la educación, la religión, la familia o las instituciones económicas, políticas y sociales.

En *La ruta de su evasión* (1949) la idealización de la familia patriarcal, como símbolo de una sociedad armoniosa, unida por lazos orgánicos y naturales, propia de la novela del Olimpo, desaparece por completo; esta novela ofrece una inversión radical del sentido que había dado la novela de principios de siglo a la homología nación-familia¹⁰. En la novela del Olimpo esa homología había servido para idealizar un sistema oligárquico-patriarcal: de la misma manera que el respeto y la obediencia de la mujer y los hijos al Padre debían asumirse como garantía de orden y armonía familiares; así el respeto y la obediencia de las mujeres y el pueblo al dominio del patriarcado oligárquico debían asumirse como garantía de orden e identidad nacionales. En *La ruta de su evasión*, por el contrario, la familia patriarcal aparece como el núcleo básico reproductor de un orden social autoritario y enajenante, donde los papeles de sus miembros (padre, madre e hijos, hombre o mujer) se definen jerárquicamente por su relación con el poder arbitrario y castrante del Padre.

En *La ruta de su evasión* el enfoque crítico se traslada del poder oligárquico en sus manifestaciones económicas, sociales y políticas, al poder patriarcal en el ámbito más internalizado y menos evidente -aunque no menos extendido, enajenante y autoritario- de las relaciones intrafamiliares y de género. Los conflictos sociales se trasladan del ámbito del mundo exterior y público, al ámbito de la vida doméstica y privada, al interior de la familia y la vida subjetiva. Los personajes no se definen por su posición en el sistema económico o político, que configura el orden objetivo y la conciencia social, sino por su ubicación en un sistema patriarcal, que determina la posición del sujeto en las estructuras de género,

e instaura la Ley autoritaria del Padre y el Logos masculino sobre la sumisión, el silencio y la sinrazón femeninas. La voz y discurso propios, expulsados del ámbito de los discursos autorizados y públicos, pasa a ocupar el papel protagónico en este texto que debe por lo mismo subvertir el orden del discurso literario tradicional, para hacer perceptible y representable una voz secularmente silenciada y reprimita. En esta novela la realidad objetiva y el relato organizado según la secuencia lógica de los acontecimientos, casi desaparece; el énfasis se traslada del exterior al interior, del lenguaje como instrumento de descripción objetiva al lenguaje como material de expresión subjetiva, de la descripción exterior al monólogo interior.

Al igual que las novelas de Gutiérrez, la de Oreamuno se construye como una novela de formación que se aparta de los personajes acabados de la novela anterior, para diseñar sujetos inacabados, en un complejo proceso de búsqueda y transformación, de transgresión y reelaboración de los límites de la identidad, entre lo propio y lo ajeno, entre la gestación y la disolución. Al igual por otra parte que las novelas de Dobles -aunque con procedimientos narrativos muy diversos- *La ruta de su evasión* es una novela que procura romper con los límites de la novela biográfica individual. El problema de las relaciones patriarcales de poder se configura como un complejo campo de fuerzas donde las figuras individuales se oponen y complementan unas a otras según la posición que ocupen en dos ejes que también se superponen: el eje generacional padres/hijos (donde las figuras de Vasco y Teresa, como posiciones de la vieja generación, se combinan con las de Roberto, Alvaro, Gabriel, Elena y Aurora, como posiciones de la joven generación); y el eje genérico hombre/mujer (donde las figuras de Vasco, Roberto, Gabriel y Alvaro como posiciones del género masculino, se combinan con Teresa, Elena y Aurora, como posiciones del género femenino).

El relato de formación de una conciencia en crisis exige también una trama regida por otra lógica: tanto en las novelas de Gutiérrez como en la de Oreamuno, la crítica ha señalado la utilización de diversos procedimientos cercanos al psicoanálisis o el surrealismo, al montaje cinematográfico, a los dispositivos elaborados por Proust, Joyce y Faulkner para desarrollar un discurso que rompe con la lógica mecanicista y objetiva del relato tradicional e introduce un discurso desvertebrado o discontinuo, con cortes espacio-temporales, puntos de vista contrastantes, monólogos interiores y un final abierto que termina donde se inicia una nueva aventura. Es un discurso que por momentos se acerca, ya sea a la lógica de las asociaciones libres e intemporales que rigen las manifestaciones del inconsciente y el mundo de lo onírico; ya sea a la exposición con distintos tonos, matices y variaciones de algunos temas o motivos, propia de la composición musical o lírica. Es un lenguaje que juega con la música de las palabras, las asociaciones inesperadas de imágenes, sensaciones y recuerdos. De la misma manera se diluyen las transiciones entre la voz o la percepción del narrador y la voz o la percepción de los personajes; en gran medida el primero renuncia a su posición jerárquica privilegiada o su prerrogativa tradicional de describir o definir desde afuera a los otros, para permitir que sea la voz y la palabra propia de los personajes las que ingresen directamente al texto, sin la mediación de una voz ajena que fiscalice, organice y controle. El texto pierde coherencia y unidad, en el sentido tradicional de esos términos, pero adquiere mayor riqueza dialógica, flexibilidad y pluralidad de significados.

Tanto en el ámbito de lo literario como en el plano de las transformaciones políticas y sociales, la década de 1940 aparece como una época de innovaciones y rupturas; una época caracterizada por la emergencia de discursos que apuntan a la subversión o la revolución de un orden desgastado y caduco, a la búsqueda de nuevas «rutas de evasión», nuevas formas de imaginar la realidad, nuevas normas de convivencia y relación social.

(Versión resumida de una conferencia pronunciada en el Centro Cultural de México en marzo de 1998, como parte del ciclo «El 48: 50 años después»).

NOTAS

1. Para un estudio más amplio de este autor véase: Quesada Soto, A. Uno y los otros. Ed. Universidad de Costa Rica, 1998.
2. Véase: Molina, Iván. «Los pequeños y medianos caficultores: la historia y la nación. Costa Rica (1890-1950)». Caravelle (61) 1993: 61-73.
3. Véanse p. ej.: Molina, Carlos y Salas, Edwin. «Pasado y presente en 'El sitio de las abras'». Letras (6-7) 1980-1981: 160; Ovarés, Flora et al. *La casa paterna. Escritura y nación en Costa Rica*. Ed. Universidad de Costa Rica, 1993.
4. Véanse: Picado, Manuel. *Literatura e Ideología Crítica*. San José: Ed. Costa Rica, 1983; Ovarés et al., op. cit.
5. Sobre la novela de Herrera García, véanse principalmente: Bogantes Zamora, Claudio. *La narrativa socialrealista en Costa Rica 1900-1950*. Aarhus (Dinamarca): Aarhus University Press, 1990; Ovarés et al., op. cit.
6. Sobre Fallas, véanse principalmente: Aguilar, Marielos. *Carlos Luis Fallas. Su época y sus luchas*. Ed. Porvenir, 1983; Picado, M. «Carlos Luis Fallas. Visión de conjunto». *Revista Iberoamericana* 53 (138-139) 1987: 219; Bogantes, op. cit.; Ovarés et al., op. cit.
7. Sobre la novela de Dobles, véanse principalmente: Bogantes, op. cit.; Ovarés et al., op. cit.; Quesada Soto, A. «Tradición y ruptura: la novela de Fabián Dobles». *Memoria del V Congreso Nacional de Filología, Lingüística y Literatura*. Universidad de Costa Rica, 1994: 200.
8. Sobre la novela de Gutiérrez véanse principalmente: Mora, Sonia Marta. «Joaquín Gutiérrez y la culminación de la novela costarricense». *Revista Iberoamericana* 53 (138-139) 1987: 245; Oviedo, Lucrecia. *Joaquín Gutiérrez novelista*. Ed. Costa Rica, 1993; Quesada Soto, A. *Recepción crítica de la novela de Joaquín Gutiérrez*. Avance de investigación N° 5, Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericanas, Universidad de Costa Rica, 1995; Bogantes, op. cit.; Ovarés et al., op. cit.
9. Sobre la novela de Oreamuno véanse principalmente: Picado, Manuel. «La ruta de su evasión» de Yolanda Oreamuno. Ed. Costa Rica, 1979; Vallbona, Rima de. *La narrativa de Yolanda Oreamuno*. Ed. Costa Rica, 1995; Macaya, Emilia. *Espritu en carne altiva*. Ed. Universidad de Costa Rica, 1997; Ovarés et al., op. cit.
10. Véase: Ovarés et al., op. cit., p. 6.

A LOS CAIDOS DE AMBOS BANDOS

Francisco Morales

Cuando la Revolución del 48, yo tenía ocho años de edad y vivía en Zapote de Alfaro Ruiz, Zarcerro.

Cerca de la casa empezaban los potreros que se extendían hasta la montaña y los cerros Juan Vargas y el Congo, más allá de las serranías de Las Brisas y Palmira.

Un día se oyó un gran ruido como de explosión en los cerros de la montaña. Para los campesinos de la zona fueron días de búsqueda, miedo y aventura.

Por fin, con presencia de autoridades, se encontraron los restos de un avión y de un piloto, Wilson.

Unos decían que era del gobierno, otros de Somoza y otros de la aviación de Figueres.

Provengo de una familia campesina calderonista donde se recibieron con lágrimas de alegría las Garantías Sociales, el Código de Trabajo y la Caja del Seguro. En casa dormía -porque vivía en la montaña cortando árboles- un labrador, Manuelín, de Naranjo.

Había sido compañero de escuela de Luis Carballo Corrales, quien estudiante de Derecho fue fundador con Manuel Mora del Partido Comunista y diputado después hasta el 48.

Manuelín era un apasionado lector y la tenía contra los ricos, la religión y los curas. (A Manuelín oí por primera vez y de manera despectiva el nombre del «Cura Núñez»).

Quando salía a Naranjo, Alajuela o San José volvía con un saco de gangoche lleno de libros, revistas y periódicos.

Márgara -le decía a mi madre- me vi con Luis. (Lustros después vine a descubrir que había tenido en casa a un devoto «caldero-comunista»).

Una mañana estábamos chapiando el potrero a la orilla del río Jilguero cuando llego de Naranjo, jadeando, mi tío Nel y desde la cerca le gritó a mi padre: Cristóbal: triunfó Figueres.

¡Qué iba a imaginar aquel pichón de peón que, veinte años después, iba a ser diputado y ministro del presidente Figueres!

Y amigo y protegido del «Padre Núñez» y colega, diputado y amigo de Manuel Mora Valverde.

Sobre la Revolución del 48 se ha escrito mucho. Hasta en nuestros días cuando celebramos los 50 años.

Un ángulo nuevo sería provechoso. Tal vez éste: no sólo ver el 48 y la revolución sino contemplar toda la década revolucionaria 1940-1950.

Alumbrados además desde afuera, por ejemplo, con la luz la Segunda Guerra Mundial.

Abrir con Cortés, Calderón, Picado, Sanabria, Mora, Ulate, pasando por el Centro de Estudios de Problemas Nacionales, Figueres y la Revolución y cerrar con la Junta y la Constituyente.

El padre Núñez esbozó esa visión de la época cuando dijo:

Hay costumbre de hablar de la «revolución» del 48. Pero la definición de ese fenómeno revolucionario no puede restringirse a ese desgarramiento nacional sufrido en el 48.

Es más exacto hablar de una década revolucionaria de los cuarentas (Núñez, Benjamín: *Vida de Sacerdote*, editado por el Instituto de Estudios del Trabajo, Universidad Nacional, 1995, pág. 150).

Pesada tarea que reclama Costa Rica.

La Segunda Guerra Mundial, 1939-1945, y el presidente Roosevelt de Estados Unidos con el programa social del Nuevo Trato gravitaron positivamente en la reforma social del Dr. Calderón Guardia: Caja del Seguro, Garantías Sociales, Código de Trabajo y Ministerio de Trabajo y Previsión Social.

En cierta forma, la empujaron.

Cuesta creer que en circunstancias normales se pueda hacer en un gobierno de cuatro años tantas transformaciones sociales.

También, la incorporación de la URSS en la lucha contra las potencias del Eje creó un escenario favorable para los cambios en el Partido Comunista costarricense.

Hasta la Iglesia, con monseñor Sanabria al frente, aprobó el nacimiento de Vanguardia Popular.

REMEMBRANZA DE 1948

Idalia Alpizar Jiménez



Se facilitó la alianza de Vanguardia con el Partido Republicano para las elecciones de Picado en 1944.

En Centroamérica sucedía algo similar.

En Guatemala el gobierno de Arévalo también promulgó el Código de Trabajo y creó el Instituto Guatemalteco de Seguridad Social.

Hasta Somoza se puso a tono y promulgó un Código de Trabajo.

Decía Haya de la Torre que cuando Estados Unidos estornuda, América Latina se resfría.

Para un presidente de Costa Rica es importante quién esté en la Casa Blanca. Ayuda u obstaculiza.

Un presidente de transformaciones sociales como Roosevelt empuja.

Un presidente conservador como Reagan obstaculiza.

Calderón sintonizó con Roosevelt, Arias hizo estática con Reagan.

Pero muerto el presidente Roosevelt y terminada la guerra, el mundo cambió.

Estados Unidos y Rusia volvieron a su enfrentamiento.

Empezó la Guerra Fría.

El cambio en la correlación de fuerzas mundiales iba a influir en los acontecimientos políticos posteriores de Costa Rica.

En cierta forma los complicaron.

Los comunistas, por ejemplo, ya no serían tan gratos, aunque aliados hasta el final del gobierno de Picado.

La administración no fue de grandes transformaciones como la de Calderón y los comunistas cayeron en una especie de administración política de los dividendos electorales de la Reforma Social.

También Cortés primero y Ulate después explotaron políticamente las circunstancias del momento, insistiendo en garantías electorales, atacando la corrupción y la excesiva influencia del comunismo en el gobierno.

A la poderosa Confederación General de Trabajadores, vinculada al Partido Vanguardia, se suma, asociada a la Iglesia y a monseñor Sanabria, la Central Sindical Rerum Novarum, dirigida por el padre Núñez.

Nacen las brigadas de choque del gobierno.

Surgen, también, como respuesta los grupos de fuerza cortesistas y ulatistas.

Figueres regresa del exilio.

Hay agitación. Viene la Huelga de Brazos Caídos.

Crece la desconfianza en la pureza de las elecciones del 48.

El problema político se plantea en términos excluyentes, característico de las etapas prerrevolucionarias.

Para defender las Garantías Sociales hay que estar con el gobierno y con el candidato que las promovió, Dr. Calderón Guardia, dice el oficialismo.

Para luchar por la libertad electoral y contra la corrupción administrativa y el comunismo hay que estar con Ulate, dice la oposición.

En dos bandos irreconciliables se dividió el país.

Sólo faltaba el fósforo para el incendio.

El Congreso anuló las elecciones triunfantes para Ulate y mataron al Dr. Carlos Luis Valverde.

Figueres disparó.

Estalló la Revolución.

Con sangre de hermanos se fundieron dos ideales: justicia social y libertad electoral.

Nació la Costa Rica de hoy.

En el bajo de la finca La Lucha, montado sobre los restos de una tanqueta -silencioso recuerdo de la Revolución- se levanta un rótulo hecho por don Pepe que dice: «A los caídos de ambos bandos».

La Guerra Civil de 1948 es el resultado de las condiciones históricas que el país experimentó desde los años 30-40. Las fuerzas sociales que promovieron la guerra se ampararon en el ideal de estimular un nuevo modelo de desarrollo, para de esa forma superar la vulnerabilidad de nuestra economía. Ese modelo fue el de sustitución de importaciones que tuvo vigencia a partir de 1950.

Este nuevo modelo fue impulsado básicamente por un grupo de jóvenes profesionales y estudiantes procedentes de las clases media y alta, quienes llegaron a conformar el Centro de Estudios para los Problemas Nacionales en los años 40. Este movimiento, que tenía a la cabeza al economista Rodrigo Facio, buscaba la transformación del país. Hacia 1943, los centristas, como se les conocía, se encaminaron hacia la formación de un partido político.

Conscientes de que la debilidad numérica podía ser un obstáculo para desarrollar su proyecto, fijaron su atención en otros grupos políticos con intereses similares, particularmente en el Partido Acción Democrática. Fue así como se conformó la alternativa política, llamada Partido Social Demócrata.

El nuevo partido político se erigió sobre la base de un programa con el cual se buscaba romper los obstáculos que impedían su incorporación al desarrollo capitalista del país. En ese sentido, los socialdemócratas estaban dispuestos a luchar por la diversificación de la producción, y así favorecer el desarrollo de una burguesía industrial de carácter urbano.

La ambición de ese pequeño grupo de extracción media de obtener el poder, los había conducido a cuestionar la base económica de la vieja burguesía agroexportadora. Fue en medio de ese descontento, que se había comenzado a fraguar la idea de una Guerra Civil. Veamos.

Varios son los factores que explican el desenlace de dicha guerra. A nivel externo, sobresalieron la Guerra Fría y la firma del Pacto del Caribe. La Guerra Fría, como una política del imperialismo contra la URSS y el Partido Comunista, fue un factor detonante de dicho acontecimiento bélico.

La posición de lucha al comunismo internacional, hizo que los Estados Unidos simpatizaran con el movimiento de oposición al gobierno de Picado, dado que el Partido Comunista costarricense jugaba un papel relevante en dicha administración.

El otro factor externo, lo era la firma del Pacto del Caribe en 1947, por parte de un grupo de exiliados, entre los cuales estaba José Figueres Ferrer, quienes intentaban limpiar el área de dictaduras. En ese pacto se definió a Costa Rica como punto estratégico paradero a las dictaduras de Centroamérica y el Caribe. Así nació la Legión Caribe que fue el instrumento fundamental para la ejecución de los planes internacionales, y que aportó los recursos para la Guerra Civil.

A nivel interno, cabe mencionar la política reformista del Dr. Calderón Guardia y su alianza con los comunistas, los desaciertos del gobierno, su dificultad para responder a los problemas económicos del país, su política antinazi y la nulidad de las elecciones de 1948.

La política social del Dr. Calderón Guardia y su alianza con los comunistas, junto con la declaración de la guerra a Alemania fueron elementos que generaron descontento en los sectores dominantes, quienes se sintieron amenazados con dichas políticas.

Los capitalistas que llevaron al poder a Calderón, temían a la política social que él promovía; a raíz de eso, no sólo le quitaron su apoyo sino que también intentaron darle un golpe de Estado. Ante esta situación, fue que el gobierno aceptó aliarse con los comunistas, lo que vino a acentuar el descontento.

Como parte de la polarización social, resaltó la «Huelga de Brazos Caídos» que se desató a finales de julio de 1947, y que constituyó un importante antecedente de la guerra. Esa huelga consistió en la paralización del comercio, la industria y los bancos, y estaba dirigida básicamente por comerciantes y banqueros que eran encabezados por Otilio Ulate.

El objetivo político de esa huelga era exigir la garantía electoral al gobierno de Picado, mediante el control del aparato electoral y militar.

De esa huelga, se obtuvo como resultado que el gobierno concediera las garantías electorales que pedía la oposición, al entregar el aparato electoral. De esa forma quedaba en evidencia la victoria de la oposición y el debilitamiento político del gobierno.

Más que ser una protesta por las irregularidades cometidas por el gobierno, era un intento por desestabilizar al régimen y provocar su caída sin esperar los resultados de las elecciones del 48. Ante esta situación, el gobierno respondió con amenazas y represión social, lo que generó enfrentamientos abiertos entre los distintos sectores en pugna. En medio de ese clima de tensiones se llegó a las elecciones de febrero de 1948, de cuyo resultado emergió un detonante de los sucesos armados de ese año.

A las elecciones de 1948 se presentaron: el Partido Republicano Nacional, que llevaba como candidato a Rafael Angel Calderón Guardia; el Partido Unión Nacional, que estaba apoyado por el Partido Social Demócrata (fusión del Centro de Estudio para los Problemas Nacionales y el Partido Acción Democrática); y el Partido Demócrata. Este sector que constituyó la oposición con Ulate a la cabeza, representaba los sectores antic Calderonistas, antipicadistas y anticomunistas e incluía a reformistas socialdemócratas y a conservadores.

En esas elecciones, el candidato electo no fue aceptado por los republicanos, quienes pasando por alto lo acordado en la «Huelga de Brazos Caídos» de acatar el fallo del tribunal, abogaron porque se anulara el proceso electoral; petición que fue acogida por el Congreso Nacional.

Aunque esta decisión resultó satisfactoria para los republicanos, no fue así para los ulatistas, a raíz de lo cual protestaron. Esta fue una excusa que llevó a Figueres a que iniciara el movimiento armado en marzo de 1948. Ese movimiento se sustentaba en el ideal de defender la libertad nacional, la pureza electoral, eliminar la incapacidad administrativa y la corrupción política y lograr la libertad política. De esta forma el otro factor que contribuía al desenlace de la Guerra Civil de 1948, lo era la nulidad de las elecciones de ese año.

Así dio inicio el proceso bélico de 1948, el cual culminó con la firma del Pacto de la Embajada de México el 19 de abril, y con la toma del poder por parte de José Figueres, quien se declaró presidente de la Junta de Gobierno el 8 de mayo de 1948 por un período de 18 meses.

En ese pacto se estipulaba, entre otras cosas, que el poder fuera entregado al tercer designado a la presidencia, José Santos León Herrera, la garantía de la vida y propiedad del bando perdedor y la permanencia de las garantías sociales.

Esto quedó ratificado en el Pacto Figueres-Ulate, que determinó que una junta revolucionaria gobernaría al país por 18 meses; en el curso de los cuales, se elegiría una asamblea constituyente que redactaría la nueva Constitución Política.

La Junta de Gobierno, como parte de su política, emitió una serie de disposiciones que venía a golpear al trabajador, al reprimir el movimiento popular, y a los mismos sectores que le habían dado su apoyo, ya que medidas como la nacionalización bancaria y el impuesto sobre el capital, lesionaban sus intereses.

A raíz de toda esta situación, la Junta empezó a perder apoyo, ya que muchos de la habían apoyado se sentían más amenazados que con las políticas de Calderón Guardia. Esta vez era la Junta la que trastocaba sus intereses.

La anulación de las elecciones desencadenó la Guerra Civil, se convirtió en una excusa, mas no era la causa. Existieron otros antecedentes de mayor peso, entre los cuales estaba la promulgación de la legislación social y la movilización de las masas, la política de alianzas des-

plegada para ese momento, el emerger de una nueva generación frustrada de intelectuales y empresarios emergentes, que buscaba ampliar su marco institucional que impedía su expansión como clase, y junto a ello, el surgimiento de una fuerza revolucionaria en Centroamérica. Todo eso era parte del proceso de polarización.

Para los socialdemócratas, ni Ulate ni Calderón eran alternativas políticas; su oportunidad de gobernar dependía de la guerra, ya que los transformistas eran una minoría entre los calderonistas y los ulatistas.

Como resultado de la Guerra Civil de 1948, se replanteó la correlación de fuerzas al interior del bloque en el poder, mediante el ascenso a la esfera política de una alianza de fuerzas sociales.

Fue la nacionalización bancaria, la pieza clave para la consolidación económica de las fuerzas emergentes, ya que les facilitó asegurarse de condiciones formales para ejecutar una forma económica diferente de la imperante.

Posterior a 1949, sucede en la estructura política una serie de transformaciones, así por ejemplo cabe señalar: un nuevo proyecto de Constitución Política, la abolición del Ejército y la creación del Tribunal de Elecciones.

Estos fueron los mecanismos más poderosos en la correlación de fuerzas del nuevo orden que se estaba conformando, y los cuales se estructuraron dentro de un contexto de amenazas, desconfianza, venganza, fraude, etc.

Algunas de las medidas que había tomado la Junta de Gobierno habían ocasionado serias reacciones. Tal era el caso del intento de un nuevo golpe militar, al que se le llamó el Cardonazo, y que fue impulsado por miembros de la misma Junta, quienes estaban descontentos con Figueres. A ello se sumó el intento de Calderón Guardia de recuperar el poder, y a las pretensiones de Somoza García de eliminar a Figueres por ser miembro de la Legión Caribe. Suficientes razones existían como para eliminar las armas.

Al asumir el poder la Junta de Gobierno, los conflictos no habían aún terminado, por el contrario, estaban latentes. Esto implicaba que había que crear toda una plataforma política, que garantizara la estabilidad de los nuevos sectores sociales. Y a ese propósito contribuyeron en gran medida, los proyectos impulsados después de concluida la guerra.

BIBLIOGRAFIA

- Aguilar, Marielos. Carlos Luis Fallas: su época y sus luchas. Ed. Porvenir. San José, 1983.
- Campos, Mariana. «La coyuntura de 1940-1948: El ascenso de nuevas fuerzas sociales y los cambios en las funciones del Estado». En Historia de Costa Rica en el siglo XX. Ed. Porvenir. San José, 1989.
- Salazar Mora, Jorge. Política y Reforma en Costa Rica: 1914-1958. Ed. Porvenir. San José, 1981.



TOPICOS DEL HUMANISMO

Universidad Nacional
Centro de Estudios Generales
Apartado 86-3000
Costa Rica, América Latina
Teléfono 277-3307

MIEMBROS DE LA
COMISION EDITORIAL:
Lic. Gerardo César Hurtado Ortiz,
coordinador
Dra. Zaida Fonseca Herrera
M.A. Ana Cecilia Sánchez Molina
Prof. Alfonso Chase Brenes

MECANOGRAFIA:
Sra. Olga Martha Rojas Bolaños



UNA  25
REALIDAD DE EXCELENCIA

Impreso en
el Programa de Publicaciones e
Impresiones de la
Universidad Nacional

PRESENTACION

El número de año es importantísimo para todos nosotros, abarcando mucho podemos significar que Costa Rica ya no es la misma. Una generación cambió las estructuras sociales y económicas, psíquicas y globales de un tajo: la revolución o acontecimiento civil del 48, no cesa de crear instancias a donde se apela a todo: si el crecimiento de todo tipo nos hace limpiarnos la faz del sudor que ha costado sacrificio y miedo, si el orden ya no es continuo en los afanes de los emprendedores y los perdedores que rezagan los quehaceres que había que realizar, como acto de que formamos un nuevo horizonte, hasta diríamos, la posibilidad para la generación siguiente y la actual que esa fecha ha cambiado el modelo que teníamos. Otros modelos han seguido en las crisis y el caos de los años 70 y 80. En los 90, inscribimos nuevos acontecimientos que pueden ubicarnos en la esfera del desarrollo del nuevo milenio con los avatares de un progreso que muchos -ya enterrados y con estatuas- no soñaban que pudiéramos llegar a tener. Pero el mundo cambia de concepción como nosotros nos vemos incitados a cambiar el caos en pos de un país derivando hacia los conflictos del nuevo siglo. Con otro signo. Con ese estigma de una guerra civil que insta al recuerdo para que lo analicemos. Lo desmenucemos. Los abuelos cuentan sus cuentos. Escuchamos. Se quiere matizar una idea. Ilustrarla. Y he aquí una memoria para los jóvenes.

Gerardo César Hurtado Ortiz
Editor